

especial para *El Financiero*, edición del 15 de octubre de 1992

Panistas

miguel àngel granados chapa

Merecen el mayor respeto los miembros de Acción Nacional que resolvieron apartarse de su partido, deslindarse de la línea política adoptada por el comité nacional. La mayor parte de ellos han militado en esa agrupación durante lapsos tan largos como la vida misma de algunos de sus adversarios, que los han zaherido con intolerancia manifiesta. Pablo Emilio Madero, por ejemplo, es panista desde el comienzo mismo del PAN, en 1939. José González Torres desde pocos años después. El resto ingresaron en los años cincuenta, por lo menos.

(firmado) Por eso la separación les produce dolor, que si no es un dato políticamente importante, no puede ser soslayado desde el punto de vista humano. El comunicado ~~firmado~~ el miércoles 7 por los miembros del Foro Doctrinario y Democrático, se refiere a esa sensación penosa. González Torres explica que padeció la decisión, pero "como el paso se gestó cinco años, el desprendimiento ya no fue tan doloroso". Jorge Eugenio Ortiz Gallegos, militante durante 47 años, habla también de su dolencia: "Me duele hoy el extravío del espíritu, el disimulo estúpido y los apoyos incogruentes a las dictaduras y hegemonías políticas y económicas..."

Las rupturas dentro de los partidos son fenómeno cotidiano, que a nadie pueden sorprender. La disciplina se pone a prueba todos los días, y no es fácil acomodar la propia conciencia a interpretaciones de la realidad que permitan manifestarse ante ella. Menos lo es cuando, como en el PAN, se ha transitado de formar un grupo de presión, y hasta meramente testimonial, a ser una opción real de poder. Los foristas se duelen de que el partido haya cambiado, y por eso se apartan de él. Pero buena parte de los cambios que critican no son tales. Ya estaban presentes en la vida del partido, de tiempo atrás, y otras situaciones resultan de su crecimiento y su éxito electorales.

Los foristas argumentan que su partido se hizo progubernamental o prosalinista, liberal (González Torres lo llama "capitalista") y autoritario. Ejemplifican la primera actitud con varios casos, como la actitud del PAN ante las reformas constitucionales sobre elecciones y sobre banca, y con la inclusión de un miembro del comité nacional de ese partido en el consejo consultivo del Pronasol. Este programa ha sido enjuiciado por voces independientes, por el PRD y aun por no pocos panistas (nada menos que el gobernador de Baja California Ernesto Ruffo) por su ilegítimo uso electoral. Si se tratara de una iniciativa gubernamental inocua políticamente, la invitación al PAN, y la aceptación de éste,

→

podría entenderse de manera saludable, como un ensanchamiento de la sociedad hacia las esferas gubernamentales. Pero puesto en cuestión el Pronasol, no sin bases, apoyarlo significa otorgar el aval panista a una acción contraria a sus principios.

La índole progubernamental impugnada por los *foristas* surge de un fenómeno al que es ajena la dirección nacional panista, que simplemente se ha hecho cargo de esa situación en su provecho. Se trata de la conversión del gobierno y el PRI hacia posiciones que originalmente fueron propias de Acción Nacional. Fue más bien el régimen el que se aproximó al PAN, al punto de hacerlo compartir el poder con él. Y los dirigentes panistas no se han rehusado a hacerlo. En el caso de Guanajuato quedaron explícitos los términos de la cuestión. Aceptar que el gobierno federal designara a Carlos Medina Plascencia como gobernador interino fue un gesto pragmático que dio una importante posición de poder al PAN, aunque para ello tuviera que cohonestar la injerencia ideada de ese nivel de gobierno en los asuntos locales guanajuatenses y significara también convalidar el fraude alegado por los propios panistas de esa entidad.

Hablar del liberalismo de Acción Nacional como de una deformación es, probablemente, menos exacto que el señalamiento anterior. Porque el PAN fue liberal desde su nacimiento. A la fundación de ese partido, en 1939 concurren dos corrientes que requerían expresarse frente a la política popular y estatista de Cárdenas: los liberales y los católicos. Sus principios de doctrina propusieron, así, proclamas propias del liberalismo económico, como el recelo ante la intervención del estado en la economía. De no ser por esa posición, no hubieran militado empresarios en ese partido, desde su fundación. Fenómeno diverso, es cierto, lo constituye la afiliación masiva, concertada, de grupos de poder empresarial, que a partir de 1982 necesitaban un frente partidario para la defensa de sus intereses, que ellos creyeron globalmente en riesgo a raíz de la expropiación bancaria. Uno de los primeros diputados panistas fue un banquero, regiomontano por más señas, Antonio L. Rodríguez, y esa dedicación y tal oriundez no eran casuales sino más bien simbólicas. Hace ya más de quince años que otro panista sobresaliente, Efraín González Morfín, con dolor semejante al de los disidentes de ahora, se apartó también del partido en que ellos permanecieron refiriéndose al papel dominante que los grupos de poder económico ejercían sobre Acción Nacional.

La trascendencia del papel desempeñado en el PAN por quienes ahora se alejan de él tiene importancia política y, sobre todo moral. Tal vez carezca de repercusiones electorales. Pero, en hombres dotados de rica vida interior, un llamamiento como el que supone este deslinde, de seguro

provocará un examen de conciencia, una revisión de la conducta, para rectificar o para afianzarse en la línea asumida.

Panistas

Miguel Angel Granados Chapa

Merecen el mayor respeto los miembros de Acción Nacional que resolvieron apartarse de su partido, deslindarse de la línea política adoptada por el comité nacional. La mayor parte de ellos han militado en esa agrupación durante lapsos tan largos como la vida misma de algunos de sus adversarios, que los han zaherido con intolerancia manifiesta. Pablo Emilio Madero, por ejemplo, es panista desde el comienzo mismo del PAN, en 1939. José González Torres desde pocos años después. El resto ingresó en los años cincuenta, por lo menos.

Por eso la separación les produce dolor, que si no es un dato políticamente importante, no puede ser soslayado desde el punto de vista humano. El comunicado del miércoles 7, firmado por los miembros del Foro Doctrinario y Democrático, se refiere a esa sensación penosa. González Torres explica que padeció la decisión, pero "como el paso se gestó en cinco años, el desprendimiento ya no fue tan doloroso". Jorge Eugenio Ortiz Gallegos, militante durante 47 años, habla también de su dolencia: "Me duele hoy el extravío del espíritu, el disimulo estúpido y los apoyos incongruentes a las dictaduras y hegemonías políticas y económicas..."

Las rupturas dentro de los partidos son fenómeno cotidiano, que a nadie pueden sorprender. La disciplina se pone a prueba todos los días, y no es fácil acomodar la propia conciencia a interpretaciones de la realidad que permitan manifestarse ante ella. Menos lo es cuando, como en el PAN, se ha transitado de formar un grupo de presión, y hasta meramente testimonial, a ser una opción real de poder. Los foristas se duelen de que el partido haya cambiado, y por eso se apartan de él. Pero buena parte de los cambios que critican no son tales. Ya estaban presentes en la vida del partido, de tiempo atrás, y otras situaciones resultan de su crecimiento y éxito electorales.

Los foristas argumentan que su partido se hizo progubernamental o prosalinista, liberal (González Torres lo llama "capitalista") y autoritario. Ejemplifican la primera actitud con varios casos, como la actitud del PAN ante las reformas constitucionales sobre elecciones y sobre banca, y con la inclusión de un miembro del comité nacional de ese partido en el consejo consultivo del Pronasol. Este programa ha sido enjuiciado por voces independientes, por el PRD y aun por no pocos panistas (nada menos que el gobernador de Baja California, Ernesto Ruffo) por su ilegítimo uso electoral. Si se tratara de una iniciativa gubernamental inocua políticamente, la invitación al PAN, y la aceptación de éste, podría entenderse de manera saludable, como un ensanchamiento de la sociedad hacia las esferas gubernamentales. Pero puesto en cuestionamiento el Pronasol, no sin bases, apoyarlo significa otorgar

el aval panista a una acción contraria a sus principios.

La índole progubernamental impugnada por los foristas surge de un fenómeno al que es ajena la dirección nacional panista, que simplemente se ha hecho cargo de esa situación en su provecho. Se trata de la conversión del gobierno y el PRI hacia posiciones que originalmente fueron propias de Acción Nacional. Fue más bien el régimen el que se aproximó al PAN, al punto de hacerlo compartir el poder con él. Y los dirigentes panistas no se han rehusado a hacerlo. En el caso de Guanajuato quedaron explícitos los términos de la cuestión. Aceptar que el gobierno federal designara a Carlos Medina Plascencia como gobernador interino fue un gesto pragmático que dio una importante posición de poder al PAN, aunque para ello tuviera que cohonestar la injerencia indebida de ese nivel de gobierno en los asuntos locales guanajuatenses y significara también convalidar el fraude alegado por los propios panistas de esa entidad.

Hablar del liberalismo de Acción Nacional como de una deformación es, probablemente, menos exacto que el señalamiento anterior. Porque el PAN fue liberal desde su nacimiento. A la fundación de ese partido, en 1939, concurrieron dos corrientes que requerían expresarse frente a la política popular y estatista de Cárdenas: los liberales y los católicos. Sus principios de doctrina propusieron, así, proclamas propias del liberalismo económico, como el recelo ante la intervención del Estado en la economía. De no ser por esa posición, no hubieran militado empresarios en ese partido, desde su fundación. Fenómeno diverso, es cierto, lo constituye la afiliación masiva, concertada, de grupos de poder empresarial, que a partir de 1982 necesitaban un frente partidario para la defensa de sus intereses, que ellos creyeron globalmente en riesgo a raíz de la expropiación bancaria. Uno de los primeros diputados panistas fue un banquero, regiomontano por más señas, Antonio L. Rodríguez, y esa dedicación y tal oriundez no eran casuales sino más bien simbólicas. Hace ya más de 15 años que otro panista sobresaliente, Efraín González Morfín, con dolor semejante al de los disidentes de ahora, se apartó también del partido en que ellos permanecieron refiriéndose al papel dominante que los grupos de poder económico ejercían sobre Acción Nacional.

La trascendencia del papel desempeñado en el PAN por quienes ahora se alejan de él tiene importancia política y, sobre todo, moral. Tal vez carezca de repercusiones electorales. Pero, en hombres dotados de rica vida interior, un llamamiento como el que supone este deslinde de seguro provocará un examen de conciencia, una revisión de la conducta, para rectificar o para afianzarse en la línea asumida.